

entre el de su padre y el del marqués.

La anemia la mataba. Ya no había sangre en aquel ser delicado cuya vida estaba pendiente de un hilo.

—¿Decían ustedes?—preguntó.

—Que nos vamos á Luchón.

—Es muy lejos—murmuró la enferma.

Y con una mirada suplicante preguntó al marqués:

—¿Usted viene también?

—Su padre se ha empeñado en que acompañe á ustedes...

—¡Entonces, también voy yo!

Y acercándose al oído de Causседé añadió:

—No me encuentro bien, y sentiría morirme lejos de usted.

Causседé la contestó dándole el brazo:

—Luchón es un país delicioso que la devolverá la salud. ¡Ya verá usted!

La joven movió la cabeza y mirándole con sus grandes ojos que brillaban en su rostro de muerte, le dijo:

—Quiere usted consolarme... es inútil. No temo la muerte. ¡No he hecho daño á nadie y bajaré á la tumba con un solo sentimiento!

—¿Cuál? — la preguntó el joven acariciándole con una mirada llena de piedad.

—¡El de no volverle á ver!

XXI

En la posada de la Gamuza.

El 25 de julio, la temporada en Luchón estaba en todo su esplendor.

En el Casino se jugaba muy fuerte y se murmuraba de firme entre las verdes alamedas, al ruido de las cascadas y de las risueñas fuentes.

No faltaban personas importantes: la literatura, las artes, la política y la ciencia estaban dignamente representadas por un buen número de reumáticos y enfermos del pecho.

Pero todas estas notabilidades se oscurecieron ante un astro que aparecía.

¡Se estaba esperando á los Mosés!

Ya se había presentado el ayuda de cámara, Próspero Lagrippe, el *factotum* del célebre barón.

Las once daban en el gran reloj de los baños. Las once de la noche.

El cielo estaba ligeramente velado, la temperatura era agradable.

Poco á poco se iba extendiendo el silencio por todas partes, excepto en un barrio que podría compararse al boulevard y que empieza en los jardines públicos para terminar en el café Arnativo.

El viejo Luchón iba apagando sus luces.

La avenida de los Suspiros estaba desierta; solo se oía el ruido de los dos arro-

yos que corren por las cunetas y que cantan perpetuamente sobre su lecho de guijarros.

En la fachada de la posada de la Gamura se apagó la linterna.

Todos los huéspedes se habían recogido.

Sin embargo, alguien velaba en casa de los Dantenac.

Miguel, el dueño de la casa, estaba sentado al lado de su mujer en la vasta sala que tenía al lado de la cocina.

El posadero separó la pipa de la boca, y sacudiendo la ceniza dijo á su mujer:

—Oye Victoria, ¿no has visto á Juan?

La patrona se frotó los ojos.

—¿Juan?—dijo.—Hoy no le he visto.

Le vi ayer.

—¿Piensa siempre en su matrimonio?

—Sin duda... ¿No es lo convenido? ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada; es una idea mía.

Victoria contempló á su marido con inquietud.

—¿Qué! ¿acaso querrias que no se hiciera?—preguntó.

—No.

—Sería una desgracia para Juan. La sobrina de Bastida es una buena proporción. Es trabajadora, activa... ¡y ya que no puede pensar en la otra!...

Victoria se levantaba cuando la puerta de la calle se abría.

—Todavía viene gente—dijo el posadero.

—¡Tan tarde!

—¿Te molesta?

—No—dijo.—Con eso entra agua en el molino—y movió los bolsillos, que dejaron oír un sonido metálico.

De pronto su rostro se llenó de alegría.

Estagnon y Juan Dantenac acababan de aparecer en la habitación.

—¡Todavía levantados!—dijo alegremente Estagnon.

—Aun tenemos tiempo de dormir—contestó el patrón.—Podemos ofrecer un trago.

—Con mucho gusto.

—Brígida—dijo Miguel,—una botella y cuatro vasos.

La posadera no se sentó.

—Buenas noches—dijo,—yo tengo que madrugar, y no me es posible hacer compañía.

Y subió por la escalera de madera, acompañada siempre por el ruido de los cuartos en la faltriquera.

—Buena mujer—dijo Estagnon, á quien por instinto le gustaban todas.—Si encontrara una como ella, me casaba en seguida.

Juan Dantenac guardó silencio.

Su tristeza, constante desde que volvió de París, iba aumentando cada día.

—Deja esa murria—dijo el posadero,—que no es propia de un hombre que se va á casar.

—¡Oh, todavía no!

—No, dentro de quince días; eso pasa pronto.

Estagnon se echó á reir.

—Más pronto pasará el tiempo después de la boda. La novia es buena, alegre y está siempre de buen humor. Creo que no te arrepentirás.

—¿Te parece á tí?

—¡Pardiez! Quisiera estar en tu lugar, y puedes creer que no soy el único.

Juan Dantenac iba á responder; pero se detuvo á escuchar.

—Eh—dijo,—parece que llaman.

—Algún huésped retrasado—dijo el posadero.

—Todos se han recogido—hizo notar Brigida.

—Bueno, ve á abrir.

En el mismo instante se oyó la gruesa voz de la criada, que decía:

—¡Es posible! ¡Sí, es el señor Luis!

—¡Mi hermano!—dijo el posadero levantándose.

Era el militar que llegaba.

En la familia le llamaban el *Africano*.

Hubo abrazos para todos y multitud de preguntas.

—¡Tú á media noche! ¡Y sin avisarnos! ¿De dónde vienes?

—Vengo derecho de Blidadh, tengo licencia por dos meses.

El suboficial, robusto y tostado, llevaba con mucha soltura su uniforme galoneado y el kepis sobre los cabellos negros, cortados al rape.

—Para hacer un viaje tan largo—dijo —tengo mis razones. Pasan cosas muy extrañas por aquí.

—¿Has venido hasta Luchón en el tren?—preguntó Juan.

—No, me he detenido en Marignac.

Juan Dantenac balbució:

—¡Ah! ¿Has estado allí?

—Dos horas largas en casa de Barrouse. Sabía cosas que me llenaban de curiosidad. Barrouse, que es un buen amigo, me ha escrito más de una vez, y la idea de venir me atormentaba. Ahora bien, cuando se decidió el matrimonio de Juan, me fui á ver al coronel y me concedió permiso. Tomé el vapor para Cette, y aquí estoy. ¿No habéis oído hablar de Pedro?

Miguel movió la cabeza.

—¿No te parece que es muy extraño lo que pasa?

—Y muy triste.

—¡Cómo hubiera podido figurarse eso el día de su boda! Parecía completamente dichoso.

Estagnon se inflamaba fácilmente.

Sus ojos brillaron como ascuas.

—Tenía motivo para ello—dijo.—El dinero á montones, y una mujer superior.

—Y muy cariñosa—dijo el suboficial.—Nos recibió admirablemente.

—Aseguran que ha muerto—dijo el posadero;—sin embargo, nadie nos lo ha hecho saber directamente.

—¿Y Pedro?

—De ese no se habla.

—¡Ah!— dijo Luis,—¿no veis á los amigos de Marignac?

—Ya comprenderás — dijo Miguel, — después de lo que ha pasado con la pequeña, sobre todo desde que está decidido el matrimonio de Juan con otra, es embarazosa nuestra presencia allí.

—Pues bien, Marieta dice que Pedro ha muerto, que está segura de ello.

—Y cómo lo sabe.

El soldado prosiguió:

—Yo creo que tiene razón. Si Pedro viviera, nos hubiera escrito. No se prescindiera de los hermanos en semejantes casos. El estaba loco por su mujer... Matilde ha muerto y habrá querido reunirse con ella.

—Mejor hubiera hecho casándose con otra—insinuó Estagnou.

Aquellas palabras no gustaron á los tres hermanos.

El guía comprendió que tenía la lengua demasiado larga.

Se levantó perezosamente y dijo á su primo:

—¿Te vienes, Juan? Mañana tenemos que hacer.

—¿Con los Mosés, quizá? — preguntó Luis.

—No, este año no se sirven de nosotros. Se valen de ese canalla de Arros. No sé cómo ha podido hacerlo, pero el caso es que tiene unas cuabras de primera y ca-

rruajes que valen mucho dinero. Hay algún misterio por medio. Buenas noches.

Se marchó solo, pues Juan Dantenac le había hecho comprender con un gesto que no le seguía.

La criada echó el cerrojo y dijo al soldado:

—Tiene usted su habitación preparada. La patrona es la que se asombrará mañana. He ido á avisarla, pero dormía profundamente.

—Bien—dijo el posadero.—Tú también puedes acostarte.

—¡Buenas noches!

Brígida se dirigió á su cuarto con la palmatoria en la mano, no sin admirar por última vez al militar, cuyo uniforme y apostura la encantaban.

Los tres hermanos quedaron solos.

El africano se volvió bruscamente á Juan y le dijo:

—¿Conque te casas?

Juan respondió torpemente:

—Sí.

—¿Con Susana Bastida?

—Con ella.

—Y ese matrimonio, ¿te satisface?

—Como otro cualquiera.

—Parece que la pobre Benedetta es muy desgraciada.

Nadie contestó.

El soldado añadió:

—Barrousse pretende que la pobre no tiene el juicio sano. Hay momentos en que pierde la cabeza... La infeliz ha su-

frido horriblemente... ¡Y de seguro, no lo sabemos todo! Barrousse cree también que el barón Mosés, en cuya casa estaba Pedro, podría informarnos sobre esto. Es una gran desgracia que esas gentes hayan venido á este país... Barrousse es quien lo dice.

Hubo un penoso silencio en la sala.

Los otros dos no parecían estar de acuerdo con su hermano, y no querían discutir con él.

Por la ventana, abierta sobre la pradera, entraba una frescura húmeda en la sala, que el sol de julio había caldeado.

Un quinqué de petróleo suspendido del techo, con una pantalla blanca, alumbraba la mesa, dejando el resto de la habitación casi en la obscuridad.

De pronto el suboficial se volvió hacia la pradera.

—¿Habéis oído?—preguntó.

—¿Qué?

—Parece que andan por ahí.

—¿Quién podría ser?—dijo el posadero.

Luis fué á la ventana y registró entre las tinieblas.

No vió nada.

—Es extraño—dijo.—Me había parecido escuchar pasos... Respecto á Pedro, esto no puede quedar así. Hay que averiguar lo que le ha pasado. No pienso tardar ni dos días. Si Pedro vive, le encontraré, y si ha muerto, se sabrá cómo...

El posadero se volvió á su vez hacia la ventana.

—Es verdad—dijo.—Luis tenía razón. Hay alguien por afuera.

Una sombra oscura se dibujó en la ventana sobre el fondo algo más claro de la noche.

El militar se levantó diciendo:

—¿Quién es?

Una voz contestó:

—¡Silencio!

—¿Quién es usted?

Los tres hermanos observaban con asombro aquella sombra que hablaba.

—¿No me conocéis?—dijo.

—¡Pedro!—exclamó el militar.

—¡Sí, yo soy!

Y al mismo tiempo saltó por la ventana y apareció en la sala entre la estupefacción de los tres hermanos.

XXII

De vuelta.

Pedro Dantenac cerró las puertas, corrió los cerrojos, y sentándose á la mesa en que sus hermanos permanecían inmóviles, dijo tranquilamente:

—Pues bien, ¡yo soy! ¿Lo dudáis todavía?

—¡Pedro!

—¡Tú!—dijo el suboficial.

—Me habeis creído muerto, enterrado, perdido ó sumergido en el fondo del agua con una piedra al cuello. Todo esto hubiera podido ser y ha estado á punto de